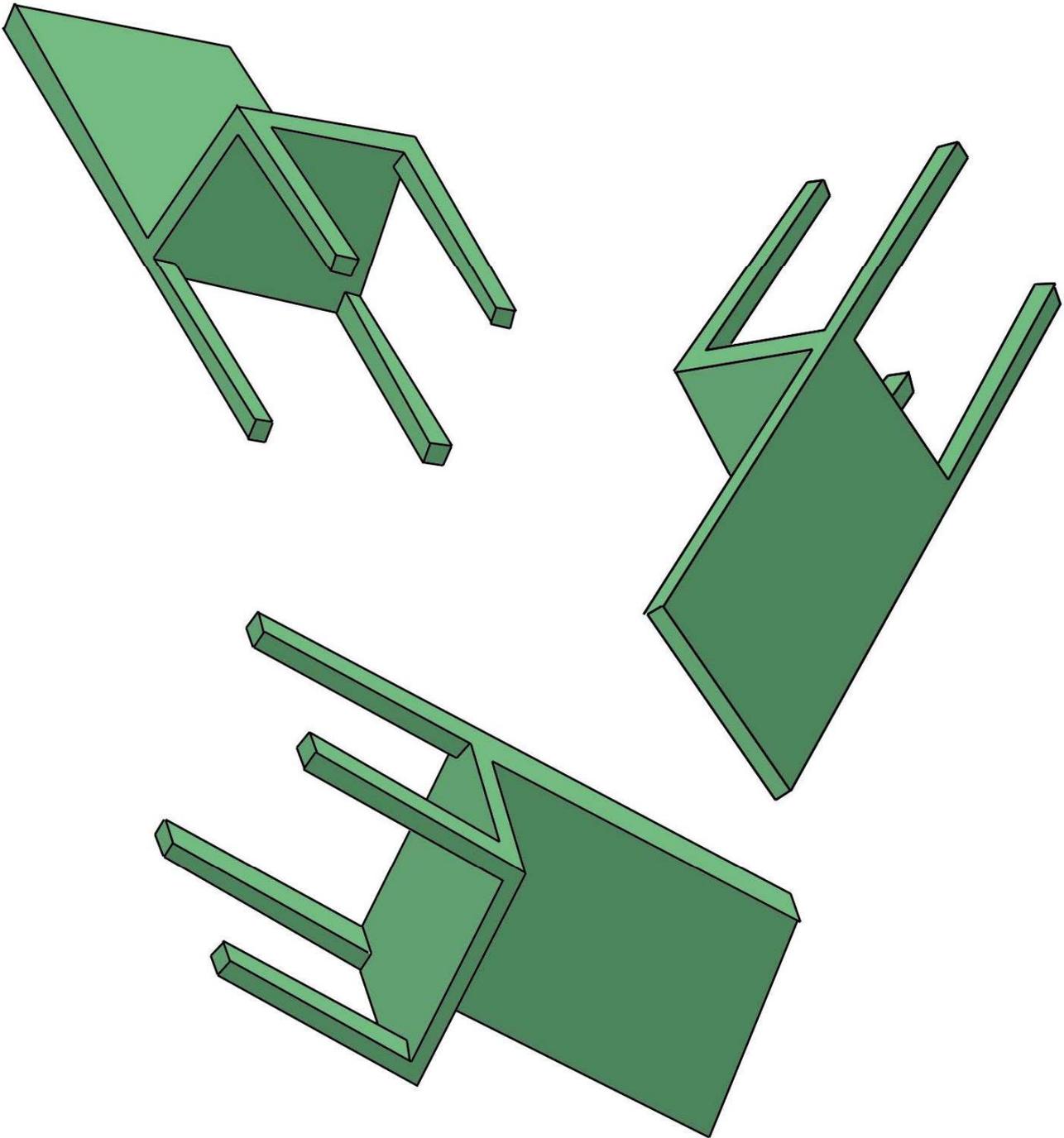


GEOMETRÍAS SUBVERSIVAS

Pequeños relatos para Amaia



Sira del Río

Editado para la presentación del libro:

SUBVERSIÓN FEMINISTA DE LA ECONOMÍA

Amaia Pérez Orozco

Madrid, 1 de Julio de 2014

Textos, Sira del Río

Ilustraciones, Alexander Reisen

Madrid y Londres, 2014

PUNTO DE FUGA

Matilde se sobresalta cuando ve entrar a Doris muy nerviosa en la casa. Le tiemblan las manos y se nota que ha estado llorando.

–Pero chica, ¿qué te ha pasado? –La mujer hace intención de acercarse a ella, pero mover la silla de ruedas es un esfuerzo excesivo para sus ochenta años.

–¡Ay, doña Matilde! Estaba haciendo la cola para comprar el pan y ha llegado un guardia civil muy alto que ha intentado colarse. ¡Ay, virgencita! ¡Cómo se me habrá ocurrido!

–Pero cuenta, chica, ¡que me tienes en ascuas!

–Pues que le he protestado a la panadera y le he dicho que todo el mundo tenía que guardar la cola.

–¿Y entonces? –Matilde, nerviosa, aprieta un pañuelo entre sus manos, temiéndose lo peor.

–Pues me ha mirado muy, pero que muy mal y ha aguardado su turno, pero cuando, más tarde, he salido de la carnicería, me estaba esperando en la calle. Me ha dicho que esta tarde venía a casa a que le enseñara los papeles, y que si no los tenía me fuera preparando. ¡Ay, señora! ¿Qué voy a hacer? ¡Me mandan a un CIE!

Matilde conoce bien al hombre del que está hablando y sabe que cumplirá su amenaza. También sabe que Doris no tiene papeles, aunque sus hijos han intentado ocultárselo. Le han oído cientos de veces decir que, después de una vida entera luchando, no iba a ser ella ahora quien le negara sus derechos a nadie; pero prefieren pagar menos y mentir a su madre.

El día que vinieron con Doris le dijeron que estaba todo arreglado. Matilde sabía que no era cierto, pero cuando la vio allí con su maletita no tuvo ánimos para seguir discutiendo. A la primera mirada le había gustado, y eso era importante cuando iban a convivir día y noche. Era muy joven y tenía unos ojos negros brillantes y alegres. Además, era regordeta, y eso le gustaba: *Que hubiera dónde agarrarse*, como ella decía.

Con el paso del tiempo se habían hecho íntimas. Matilde quería a Doris como si fuera una hija. Bueno, casi más, porque a sus hijos los veía unas pocas veces al año. Vivían en la ciudad y siempre estaban muy ocupados con sus negocios y sus reuniones sociales.

–¡Hay que ver! –le contaba a la chica en una de sus largas conversaciones–. Lo que pasamos su padre y yo, y total ¿para qué? Yo trabajando en una fábrica y perseguida durante años por mis ideas socialistas. ¡Cuántas veces no estuve a punto de pisar la cárcel, y ahora mis hijos viven como reyes a costa de otros! Y disimulaba las lágrimas que asomaban a sus ojos, porque no le gustaba mostrar ninguna debilidad. *A nosotras la vida nos ha forjado como el acero*, solía decir mientras miraba a Doris con complicidad. Y esa mañana iban a tener que probarlo.

–Doris, tú no te preocupes, hija mía. No voy a consentir que te pase nada malo –asegura Matilde con firmeza–. Se me acaba de ocurrir un plan perfecto: vamos a huir. Nos marchamos de aquí ahora mismo.

La chica, que en principio la había mirado esperanzada, rompe a llorar.

–¡Ay, doña Matilde! ¿Pero qué está diciendo? La única solución es que yo me vaya de aquí lo antes posible. Voy a decirle al vecino que cuide de usted hasta que puedan venir sus hijos.

–¡Ni se te ocurra! –grita Matilde–. Siempre ha sido un chivato. Como se huela algo va al cuartelillo directamente. ¡Si conoceré yo a la gente de

este pueblo! Nos tenemos que ir las dos juntas. Si te vas tú sola podrías levantar sospechas.

–¡Ay señora! ¡Pero cómo va a hacer esto por mí! De verdad que se lo agradezco de corazón, pero no puede hacer esto –mientras habla, Doris, sentada a su lado, acaricia con ternura las manos de Matilde.

–Hija mía, no solo lo hago por ti. Yo estoy harta de esta casa, de este pueblo y de mis hijos. Lo que me quede de vida quiero ser libre para hacer lo que me dé la real gana ¿Me vas a dejar aquí tirada? Seguro que de ésta me mandan a una residencia y de eso nada, Doris. ¡Estamos juntas en esto!

La chica se ríe y abraza a Matilde.

–Señora, con usted voy hasta el fin del mundo

Doris está nerviosa, pero el plan le parece cada vez menos descabellado. Desde que salió de su país ha pasado por situaciones muy comprometidas y siempre ha salido adelante. Esta vez no va a ser menos.

En una maleta pequeña, para que quepa debajo de la silla de ruedas, va metiendo lo indispensable: un poco de ropa, una bolsa de aseo y la medicación de la anciana. Cuando ya está preparada, Matilde le pide que le traiga su caja de labores.

–Doris, busca bien al fondo del todo. Ya verás como hay una bolsa de ganchillo. Dámela, por favor –Matilde abre la bolsa y empieza a sacar unos cuantos fajos de billetes.

–¿Qué se creían mis hijos? –exclama Matilde con aire travieso– ¿Que me iba a quedar a dos velas? Doris, guárdalo bien, que con este dinero tenemos para los primeros gastos. Luego, con mi pensión, seguro que nos podemos arreglar las dos en cualquier sitio.

Las dos mujeres ultiman los detalles de su fuga. Tienen que llegar hasta la ciudad y el ferrocarril les parece lo más seguro.

–Pero hay que ir a la estación de Robledana, Doris. Este pueblo es muy pequeño y les extrañaría vernos camino del tren. Nos echarían el guante a la primera. Mejor salimos por la puerta de atrás. Si nos ven por ese sendero pensarán que vamos a dar un paseo a la ermita –Matilde se ríe para sus adentros–. ¡A la ermita! Ella solo ha pisado la iglesia durante los años del franquismo y porque la obligaban.

–El sendero –sigue calculando Matilde– llega hasta la chopera y cuando alcancemos la tapia del trigal viejo ya faltará casi nada para llegar a la estación. Ya sabes que yo con silla y todo peso bien poco y el camino es llano. Llegaremos en un periquete. Y de allí ¡a la libertad!

–¡Adelante, entonces! ¡No podrán con nosotras! –exclama Doris, que se ha contagiado del entusiasmo de Matilde.

Cuando las dos mujeres salen de la casa les acompaña una suave brisa. Es un día primaveral y el amarillo de las genistas y el rojo de las amapolas colorean el campo. En el horizonte, bajo un cielo limpio y brillante, los cantuesos extienden su color morado.

–Doris, ¿estás asustada? –pregunta Matilde.

–Sí, señora –contesta la chica

–Yo también. Pero tú no te preocupes, que de niña atravesé los Pirineos.

A mitad de camino se cruzan con una ciclista de pelo corto y gafas azules.

–Hasta luego –les dice con cara alegre y guiñándoles un ojo.

–Hasta luego –responden ellas y, sin saber por qué, se echan a reír.

SOBRE LA REVOLUCIÓN

Martina ha terminado su jornada laboral y se dirige malhumorada hacia el metro. No ha pasado nada especial pero, como tantos otros días, ha tenido que soportar las estupideces de sus compañeros.

–Panda de majaderos de mierda –va refunfuñando mientras baja las escaleras y se dirige hacia las taquillas.

Hace tiempo que se resignó a callar mientras aquellos hombres de mediana edad y camisa impecable hacen comentarios racistas o se desternillan contando chistes de maricones. Cuando empezó a trabajar en la oficina, hace solo dos años, se atrevía a pararle los pies, pero ha terminado por rendirse después de que las burlas llegaran a un extremo insoportable. Ahora, por suerte, ni siquiera reparan en ella, siempre concentrada en su trabajo y con la mirada fija en la pantalla del ordenador.

Como para decir que tiene novia y pedir los quince días de permiso cuando se casen en unos meses. Y mira que Carmen la presiona para hacerlo, pero Martina no se atreve y, aunque le duele, tiene casi decidido renunciar a sus derechos.

-Nos vamos a quedar sin ir a Canadá. Y todo por culpa de esos zopencos –murmura Martina apretando los dientes.

Esa noche Carmen volverá a preguntarle si ya ha dicho algo en la oficina y ella tendrá que volver a contestarle que no. Prefiere no pensarlo.

Cuando entra en el vagón de la línea 6 no hay mucha gente y por suerte encuentra un sitio libre. Martina se sienta y echa una mirada a su alrededor. Nada nuevo. Malas caras. Gente triste y cansada que consulta el móvil de forma compulsiva o deja su mirada perdida en el

vacío. Nadie habla con nadie. En el vagón contiguo descubre a uno de sus compañeros, Fernández, que hace como si no la viera.

Próxima parada, Legazpi: Correspondencia con línea 3. ¡Qué aburrimiento! Frente a ella se sienta una chica de pelo corto y gafas azules. Mientras, al fondo del pasillo, comienzan a sonar unos acordes.

¡Woman del Callao! Martina la ha oído mil veces desde pequeña. A su madre le encantaba y los fines de semana no podía faltar mientras hacían la limpieza. Sonríe al recordarla abrazada a la fregona y dando vueltas de un lado para otro. La última vez que había escuchado la canción fue cuando alquilaron la casa y su madre vino para ayudar en la mudanza, pero ese día no bailó con la fregona sino con Carmen. Se lo pasaron en grande. *Tiene mucho hot, tiene mucho tempo y tiene mucho down woman del Callao.* El estribillo hace que sonría al revivir aquella escena y acordarse de los lazos que se hicieron en la cabeza con unos trapos viejos de colores.

Martina casi ha olvidado su mal humor cuando el grupo musical se aproxima y se escuchan las primeras notas de *Moliendo Café*. Aquella canción lo invade todo y, casi sin querer, sus caderas empiezan a seguir el ritmo. Se le van los pies. Por el rabillo del ojo advierte que Fernández la está observando y una punzada sombría la atraviesa. Pero aquella música sigue con su ritmo contagioso y al levantar la vista ve que la chica de las gafas azules la mira sonriendo. Es entonces cuando, sin saber ni cómo ni por qué, Martina se siente estremecida por una enorme fuerza y en un arrebató se levanta y la saca a bailar.

El desconcierto se apodera de aquel vagón mientras las dos chicas dan vueltas al son de la música. Los segundos se hacen eternos para quienes las miran con asombro y para quienes disimulan como si no pasara nada. En realidad, no pasa nada. Solo hay música y dos chicas bailan.

Entonces una niña rompe a dar palmas acompañando el ritmo de la canción. Su madre la secunda e inmediatamente se suman dos señoras

recién salidas de la peluquería y un anciano muy serio con bigote, que parece haber olvidado la compostura. Una pareja de adolescentes, muertos de la risa, se lanzan al pasillo y dan unos pasos de salsa. El vagón, de repente, se convierte en una fiesta. Las miradas perdidas desaparecen y los móviles multiplican su trabajo enviando fotos de quienes están ya bailando por todo el tren. Aquella música es realmente contagiosa y la sensación de euforia lo invade todo. Cuando el grupo musical se arranca con *Devórame otra vez*, aquello es la locura.

En las estaciones se abren las puertas pero nadie quiere bajarse. La aglomeración es enorme y se organizan grupos para seguir con la fiesta en los andenes. Cualquier medio es bueno para conseguir música. Hay quien utiliza las papeleras como timbales o simplemente canta a pleno pulmón. Una pequeña orquesta, que se dirigía a un concierto, se une a la algarabía en la estación de Méndez Álvaro y es seguida hasta la calle por una multitud que baila *La Bamba*. En Pacífico se organiza una enorme conga que es aplaudida por el vecindario cuando aparece por la salida de Ciudad de Barcelona. El contagio ha llegado a las calles y Madrid entero baila. La gente está desatada y todo parece posible. Incluso no tener miedo. O ser feliz.

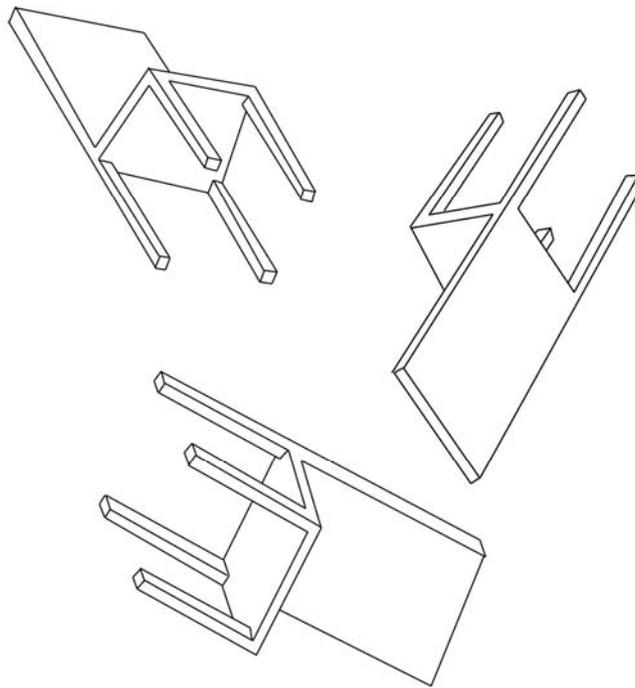
Cuando Martina sale en la estación de Cuatro Caminos la glorieta está abarrotada. La voz de Janis Joplin resuena desde unos altavoces improvisados: *Freedom's just another word for nothing left to lose*. Nadie quiere irse a casa y en el centro de la plaza unas vecinas empiezan a preparar una comida popular. Cada quien va trayendo lo que tiene y las mesas se van llenando de comidas de cualquier lugar del mundo. Las calles se cierran al tráfico para que niñas y niños puedan disfrutar a sus anchas, y al momento se llenan de juegos.

Todo el mundo quiere unirse a la fiesta y los centros comerciales se van quedando desiertos. Muchas personas que han abandonado sus puestos de trabajo en oficinas y fábricas van llegando en columnas a la plaza. Hay mucha emoción porque quienes se van encontrando se

abrazan sintiéndose cómplices. Por fin podrán gobernar sus propias vidas. Unas chicas han escrito en una pared: *Decrecimiento feminista o barbarie*.

Martina corre por las calles buscando a Carmen y, cuando por fin la encuentra, la abraza y la besa apasionadamente. Esa noche hacen el amor como nunca.

Mientras, en la televisión, el gobierno informa que el metro de Madrid ha sufrido un ataque con armas químicas. Responsabilizaban del acto terrorista a una tal Goldman. Dicen que es la mujer más peligrosa del mundo.



EL OTRO LADO

Alicia Gómez atravesó de nuevo el espejo. La primera vez su aventura había durado poco, porque en cuanto puso los pies en el otro lado un viento huracanado la había levantado por los aires y devuelto al punto de partida. Se sobresaltó tanto que tardó algunas semanas en decidirse a volver a intentarlo, pero allí estaba.

Para esta ocasión había sido más precavida y se había equipado con todo lo que se le había ocurrido que podría ayudarla. En su mochila llevaba una cuerda para atarse en caso de huracanes, linterna, prismáticos y una brújula. También había echado una gorra, una botella de agua y un bocadillo por si las moscas. En la mano llevaba un libro, que era la guía para su aventura.

Miró a su alrededor. Todo estaba desierto, no había ningún ser humano. La ciudad, las calles y los edificios eran los mismos que se veían reflejados en el espejo, pero no terminaba de enfocarlos.

–¡Pues vaya! Creo que voy a tener problemas para adaptarme a estas perspectivas –dijo Alicia mientras se restregaba los ojos.

En medio de esa quietud le pareció ver algo que se movía a lo lejos y que se dirigía hacia ella. Avanzaba muy despacio, pero casi antes de que acabara de pensarlo *aquello* ya estaba allí. No era propiamente una persona, aunque lo parecía, pero cambiaba de forma o se desvanecía según la perspectiva desde donde se mirase.

–¿Eres un BBVAh? –dijo *Aquello* con voz chillona. Alicia se quedó patidifusa y solo pudo contestar con un escueto “No”.

–¡Bah! Pues lo pareces, porque tienes un aspecto lamentable –y dicho esto desapareció en la lejanía igual que había llegado.

A Alicia este encuentro le había contrariado mucho. Ella, que era una chica muy educada, consideraba totalmente inconveniente que aquel extraño hubiera hecho un comentario tan desfavorable sobre su apariencia. Por no hablar de lo que le había dolido que la hubiera confundido con un BBVAh

–¿Yo? ¿Un sujeto blanco, burgués, varón, adulto y heterosexual? ¡Pues sí que empezamos bien! Creía que aquí las cosas serían muy, pero que muy diferentes –protestó enfadada Alicia, aunque ya nadie podía oírla.

Con firmeza sacudió el polvo de azogue que se había depositado en su vestido al cruzar el espejo y recogió sus rastas en una coleta. Desde luego aquel incidente no iba a servir para desanimarla.

–A lo mejor la gente está dentro de los edificios –pensó Alicia y decidió aventurarse a entrar en una cafetería que había visto en una esquina. Pero cuando empujó la puerta para entrar no encontró resistencia y se cayó de bruces. Era solo un holograma.

–¡Vaya! Tendré que andar con cuidado si no quiero acabar con un hueso roto –refunfuñaba mientras comprobaba el estado de sus rodillas.

Al incorporarse vio a lo lejos un enorme poste en el que se indicaban distintas direcciones. Era tan grande que parecía imposible que no lo hubiera visto antes. A su lado le pareció que había una persona, pero era tan pequeña que no podía saberlo. Por suerte, tenía unos buenos prismáticos, así que los sacó de inmediato.

–¡Ajajá! Es una chica de pelo corto y gafas azules. Está mirando las indicaciones para ver por dónde debe seguir. Y más allá hay otras chicas que la esperan.

Aunque sabía que estaban demasiado lejos probó a gritar y a dar saltos para intentar hacerse ver, pero no hubo suerte. Lo último que pudo distinguir es que se fueron corriendo por la primera calle a la derecha.

Sin pensarlo dos veces se dirigió hacia el poste. La calle por la que circulaba era una especie de avenida muy ancha que debía haber sido asfaltada recientemente, y cuando llevaba solo recorridos unos pocos metros empezó a notar que el suelo estaba caliente y blando.

–Desde luego no es muy buen material el que han usado aquí, porque este asfalto se está derritiendo –dijo en voz alta Alicia, que se sentía menos sola hablando a voces consigo misma.

No había acabado de decir la última palabra cuando el suelo empezó a encrespase a su paso como si quisiera impedir que avanzara. Parecía un mar embravecido.

–¡No pienso darme por vencida! –gritó bien alto Alicia para quien quisiera oírlo. ¿Regresar ahora? Tendría que cruzar otra vez el espejo y volver al viejo mundo de siempre ¡Ni hablar!

Cuando dijo esas palabras le resultaron familiares, pero no era capaz de recordar dónde las había escuchado ¿o quizás las había leído?

Para evitar caerse, Alicia iba dando enormes saltos y hasta intentó llegar a las aceras, pero habían desaparecido. En medio del oleaje de asfalto se podían escuchar voces que decían de cuando en cuando *Lo importante es que se cree empleo o Habrá medidas para la conciliación de la vida laboral y familiar.*

Alicia sabía que si no contrarrestaba aquellas ideas estaba perdida, y empezó a gritar sin parar *¡Trabajo no remunerado! o ¡La conciliación es mentira!* Pero los mensajes eran cada vez más persuasivos y las energías de Alicia flaqueaban. Estaba mareada y casi a punto de desmayarse cuando *Aquello* surgió como de la nada, le colocó dos tapones en los oídos y se esfumó. Enseguida recuperó las fuerzas y pudo seguir saltando sobre el asfalto hasta llegar a una rotonda. Allí se sentó exhausta a la sombra de unos árboles. Sacó su botella de agua y echó un buen trago.

–¡Ay! –suspiró–. En el libro ya se advertía de que podían existir estos ataques, pero pensaba que a mí ya no me harían efecto. Tendré que practicar mucho más para lograr hacer oídos sordos a todos estos engaños.

Mientras descansaba le pareció ver una sonrisa entre las ramas de un árbol y pensó que se le estaba apareciendo el mismísimo gato de Cheshire. Pronto la voz chillona de *Aquello* la sacó de dudas.

–¿Vienes de Escandalosa Cosa? —preguntó de sopetón.

Alicia le estaba muy agradecida a *Aquello*, porque prácticamente le había salvado la vida, pero era muy quisquillosa con los modales y en lugar de demostrar su gratitud le reconvino.

–Antes de iniciar una conversación es conveniente decir “Buenas tardes” –dijo con una voz un tanto afectada.

–Eso será si es por la tarde, pero resulta que ahora no es por la tarde, sino por la mañana –contestó *Aquello* con ironía.

–Pues me parece bastante raro –replicó Alicia– porque cuando empecé mi viaje ya era por la tarde y mi reloj marca las siete en punto.

–En punto, sí, ¿pero PM o AM? No nos hagamos un lío –puntualizó *Aquello*–. Seguramente no sabes que aquí el tiempo va al revés y por lo tanto dentro de nada amanecerá.

–¡Pero eso que dices no es posible! El tiempo siempre tiene que ir hacia delante, porque si no conoceríamos lo que ha pasado antes de que ocurra –repuso Alicia con suficiencia.

–Si no fueras tan ignorante sabrías que aquí la memoria funciona en dos direcciones –*Aquello* la miraba de forma burlona.

Alicia se sintió muy ofendida pero prefirió no emprender una pelea y contestó con toda la prudencia de que fue capaz.

–Perdone, señor o señora o lo que sea, pero mi memoria funciona solamente en una dirección. Soy incapaz de recordar cosas que aún no han ocurrido –Alicia volvió a tener la sensación de que esas palabras eran un *déjà vu*.

–¡Así no llegaremos a ninguna parte! –gritó *Aquello*–. Se ve que en Escandalosa Cosa hacen bien su trabajo. Si no puedes recordar lo que no ha pasado, ¿cómo puedes querer ir hacia ello?, ¿hacia dónde quieres ir entonces? Estás demasiado influida por sus paradigmas y ya te aviso: ¡ten mucho cuidado si te los encuentras por aquí! Son gigantescos y llevan unas enormes garrotas para atizar a cualquiera que los desafía.

–No creo que tenga de qué preocuparme, a lo mejor también me confunden con un BBVAh –repuso Alicia con retintín. Desde que *Aquello* le había dicho semejante cosa estaba deseando sacarse la espina.

–No te enfades –dijo *Aquello* en tono conciliador–. Tienes que entender que no veo a mucha gente de Escandalosa Cosa y cuando viene un BBVAh se le reconoce porque, al perder aquí sus poderes, pasan a tener una pinta lamentable.

–¡Pero mi pinta no es lamentable! –protestó Alicia todavía más enfadada.

–Bueno, no puedes negar que cuando te vi, tu aspecto dejaba mucho que desear –objetó *Aquello*–. Después ya me fijé en que eras una chica, aunque, la verdad, tu apariencia no es que haya mejorado mucho.

Alicia a punto estaba de mofarse de la autoridad que podía tener *algo* que no se sabía ni qué era para opinar sobre apariencias, pero prefirió dar por zanjada la conversación y levantarse con aire distante.

Entonces, se dio cuenta de que el árbol en el que estaba apoyada era ahora el enorme poste que había visto en la distancia. Pero de poco iba a servirle porque las flechas que señalaban las direcciones iban cambiando de sitio y apuntaban hacia cualquier lugar, incluso se

enfrentaban entre sí. Y no solo eso, los rótulos de las señales estaban borrosos y no se podían leer.

Alicia, a pesar de estar enfadada, se resignó a tener que volver a hablar con *Aquello* para pedirle ayuda. Aún así, mantuvo su tono distante.

–Señora o señor o lo que sea –dijo– ¿podría ayudarme con estas señales?

–¿Qué es lo que quieres saber? O mejor dicho ¿sabes qué dirección es la que te interesa? –contestó *Aquello*.

–Bueno –explicó Alicia–, yo en mi viaje tengo varios objetivos. El más importante es conseguir poner la sostenibilidad de la vida en el centro. Pero no sé a dónde tengo que dirigirme para hacerlo. Ni siquiera sé si hay centro, ni si se puede ir a Sostenibilidad de la Vida.

–Ya veo –contestó *Aquello*–. Tu desorientación es colosal. Pero creía haber visto que tienes un libro de pistas. ¿Es que no has aprendido nada leyéndolo?

–¡Claro que sí! –contestó Alicia cansada de tanta crítica–. Pero las pistas son solo eso, pistas, y de momento estoy sola. No sé si lo primero que debería hacer es buscar a un grupo de chicas que he visto antes. Se fueron por la calle de la derecha, pero esa calle ahora no existe.

–¿Y no recuerdas nada de unas gafas? –preguntó *Aquello* con aire misterioso– ¿con cristales de color ...?

–¡Violeta! –Alicia se dio un manotazo en la frente. Pero ¿cómo podía haberlo olvidado? Las gafas con cristales de color violeta eran las que podían ayudarla a entender todo aquel galimatías.

–¡Ayúdame a encontrarlas, por favor! –casi suplicó a *Aquello*, olvidando completamente su enfado–. Si vienes conmigo seguro que todo será mucho más fácil.

–Pero querida, eso es imposible. Lo más que puedo hacer es avisarte de que para avanzar hay que ir en dirección contraria –y dicho esto, desapareció.

Alicia estaba cansada y se sintió muy sola. Pero no estaba dispuesta a rendirse.

–Para avanzar hay que ir en dirección contraria –repetía una y otra vez para ver si alguna luz se hacía en su cabeza–. Dirección contraria para avanzar. ¡Dirección contraria a los mercados capitalistas! ¡Eso es! Si los mercados capitalistas eran el centro y ella buscaba poner en el centro la sostenibilidad de la vida ... ¡Cómo no se le había ocurrido antes!

Dicho y hecho. Rebuscó en su mochila, sacó una brújula que siempre apuntaba en dirección a los mercados capitalistas y se puso a andar en dirección contraria. Entonces una flecha del poste se quedó quieta y se iluminó un letrero con un parpadeo de neón “Sostenibilidad de la vida”. Cuando Alicia miró en aquella dirección vio que la calle por la que se había ido la chica de pelo corto y gafas azules había vuelto a aparecer y, decidida, emprendió el camino.

Cuando llevaba un rato andando oyó a sus espaldas el timbre de una bicicleta. Se dio la vuelta emocionada, por si era alguien que pudiera ayudarla, y vio que quien conducía era un ratón de grandes dimensiones que llevaba ¡unas gafas con cristales de color violeta!

–¡Detente, por favor! – gritó interponiéndose en su camino.

¡Un ratón! Alicia estaba desconcertada y cuando la bicicleta se detuvo no sabía cómo demonios dirigirse a él. ¿Haría su idioma? ¿Debería llamarle de tú o de usted? Con esas gafas, casi seguro que era una ratona.

–Señora Ratona, buenas tardes. Mi nombre es Alicia y vengo de Escandalosa Cosa –Alicia se había decantado por tratarla con toda la cortesía posible.

Al oírla, la ratona empezó a temblar de miedo, tanto que sus bigotes se enredaban entre sí.

–¡De Escandalosa Cosa! ¿Y quién eres tú? ¿Quieres quitarme las gafas y que tenga que volver a aquella jaula? Si yo solo soy una pobre ratona...

Alicia, después de tranquilizarla con todo tipo de explicaciones sobre su presencia allí, le pidió que le contara su historia.

–Como habrás podido comprobar sin duda, soy una hámster y no una ratona –empezó a relatar con voz pomposa acompañada por un gesto solemne de una de sus patas traseras.

Alicia nunca había sido muy amiga de roedores y desconocía absolutamente las diferencias entre ellos, pero asintió con la cabeza y se mantuvo en silencio.

–Pues bien –continuó la hámster en tono rimbombante–, he tenido que vivir bajo otra identidad para evitar ser reconocida por algunas de las fuerzas malignas que operan en este lugar –y mientras decía esto le volvió a temblar el bigote.

A Alicia aquella hámster le resultaba un tanto empalagosa y estaba aburrida de tanto circunloquio. A punto estuvo de decirle que fuera al grano, pero temía que agarrara su bicicleta y se fuera sin que ella pudiera enterarse de dónde había conseguido las gafas con cristales de color violeta.

–Mi nombre no importa –proseguía declamando con voz grave la hámster–. Yo era una de tantas que vivían exclusivamente para dar vueltas en sus ruedas. Todo el día corría y corría sin parar pensando que encontraría la felicidad, pero nunca llegaba.

–¿Y entonces? –dijo Alicia intentando agilizar la conversación.

–¿Entonces? ¿Entonces, qué? –dijo la hámster.

–Pues que cómo escapó de su jaula y se liberó de aquella rueda, si es ahora feliz paseando con su bicicleta y ... ¿dónde consiguió esas preciosas gafas? –Alicia necesitaba esa respuesta y a ser posible que aquella situación no se alargara indefinidamente. Tenía mucho que hacer y la impresión de que pronto amanecería y se haría de noche.

–¡Ah! ¡Bien! De la jaula no tenía que escapar, señorita. La puerta siempre estaba abierta de par en par, pero estaba tan convencida de que tenía que correr en la rueda que nunca jamás se me habría ocurrido salir de allí –continuó la hámster con aire ensimismado–. Ni siquiera se me habría ocurrido pensar que había un mundo entero fuera de ella y que era allí, justamente, donde podría encontrar la felicidad.

–¿Y las gafas? –preguntó Alicia.

–¿Las gafas? ¿Qué gafas? –contestó la hámster.

–Pues qué gafas van a ser, las gafas con cristales de color violeta que lleva en los ojos –Alicia casi no podía reprimir su irritación.

–¡Ah! ¡Bien! –Por fin la roedora parecía que iba a llegar al meollo de la cuestión–. Pues sucedió que mientras yo corría y corría en la rueda, unas chicas, humanas como tú, iban a repartir papeles por allí. Creo que los llamaban moscas, o flyers, no recuerdo bien. Yo al principio ni siquiera las miraba. Me daban verdadero miedo. Pero con el tiempo me acostumbré a ellas ... y ellas a mí. La verdad es que se fue creando una relación ...

–¿Y? –la interrumpió Alicia que empezaba a estar fuera de sus casillas.

–Pues que ellas hicieron que me diera cuenta de que me estaban suministrado *algo* para que estuviera atada a la rueda por mi propia voluntad. Entre todas pudimos dar con un antídoto aunque nunca supe si ese *algo* me lo suministraban por el aire o en la comida ... o quizás ...

–¿Y las gafas? –dijo Alicia casi gritando.

–Pues cuando fui capaz de bajar de la rueda y me asomé fuera de la jaula, ni veía lo que era, ni era lo que veía. No podía salir de allí a un mundo que no entendía. Ellas me proporcionaron las gafas con cristales de color violeta y, entonces, salí pitando. Y aquí me ves, ahora doy vueltas a las ruedas de la bicicleta y voy donde me da la gana. ¿Contenta? –le espetó la hámster molesta por la presión a la que le había sometido.

–¿Y esas chicas no estarán por aquí? – preguntó Alicia esperanzada.

–Sí, a veces están por aquí y a veces están en Escandalosa Cosa. Allí era donde estaba mi jaula pero ahora que uso las gafas con cristales de color violeta, estoy allí pero estoy aquí.

–¿Qué quieres decir con que estas allí pero estas aquí? –Alicia no la entendía.

–¡Parecías más avispada! –refunfuñó la hámster todavía molesta –. Realmente Escandalosa Cosa y El Otro Lado son lo mismo. Son dos mundos, pero realmente son el mismo. Todo depende de cómo lo mires. Según miras, así ves.

–Las fuerzas del mal que mandan en Escandalosa Cosa –prosiguió la hámster bajando notoriamente la voz como si alguien estuviera espionando– utilizan todos los medios a su alcance para que la gente solo vea lo que les interesa y así mantener el poder. ¿No lo entiendes? Aquí solo te encontrarás con gente que se ha podido librar de sus engaños o lo está intentando. Pero hay muchos infiltrados que atacan continuamente para evitar que se sepa lo que está pasando. ¡Ssshhh! ¡Silencio! Me ha parecido oír un ruido –y la hámster estiró sus orejas todo lo que pudo.

Alicia miró a su alrededor y no vio nada inquietante, pero le preocupaba que aquella conversación terminara bruscamente y se quedara sin probar las gafas.

–¿Podrías dejarme las gafas un momento? –pidió cautelosa a la hámster.

–No son de tu talla y, además, hay de muchos tipos. No sé si éstas son las que necesitas. Te tendrían que hacer un diagnóstico –contestó esquiva la hámster, que no quería desprenderse de sus gafas ni un minuto –. A ver, seguro que ni siquiera sabes lo que tienes ¿Estrabismo productivista? ¿Paradigmitis androcéntrica? Y, además, hay muchos modelos. ¿Tú qué quieres? ¿Ver la parte oculta del iceberg? ¿Comprender el decrecimiento? Me han dicho que han salido hace solo unos días unas nuevas que tienen resplandores verdes.

Alicia estaba abrumada, pero no iba a soltar su presa tan fácilmente, así que se dirigió a la hámster con su voz más zalamera.

–Por favor. Si no te cuesta nada. Déjamelas solo un momentito, solo para probarlas.

–Está bien –cedió la hámster–. Pero baja la voz que estoy oyendo ruidos extraños –la hámster se quitó las gafas y se las puso a Alicia sin soltarlas. No se fiaba de que no fuera a salir corriendo con ellas.

Como referiría Alicia más tarde, la impresión fue tan fuerte que casi se cayó de espaldas. A través de los cristales pudo ver cómo los hologramas de los edificios desaparecían para dejar paso a un mundo mucho más real y lleno de color. Veía un parque precioso en el que había mucha gente reunida. En unos grandes carteles podía leerse: “¿Qué vida creemos digna de ser vivida?” o “¿Cómo podemos organizarnos para sostenerla de forma colectiva?”. La visión duró sólo un instante porque la hámster le arrebató inmediatamente las gafas y se puso a gritar.

–¡Sube a la bici, sube a la bici! ¡Corre! ¡Nos han descubierto!

Ahora la bici se había convertido en un tándem y Alicia se subió de un salto al asiento trasero.

–¿Pero qué está pasando? –preguntó Alicia temerosa–. ¿Quién nos han descubierto?

–¡Es un espía de la lógica de mercado! Me lleva siguiendo desde hace tiempo y ahora estará informando de nuestras coordenadas a las fuerzas de Escandalosa Cosa. Tenemos que encontrar un lugar seguro donde escondernos mientras pasa la tormenta.

–¿Qué tormenta? –preguntó Alicia, pero no recibió ninguna respuesta.

La velocidad que alcanzaban era cada vez mayor pero por más que pedaleaban no parecían llegar a ningún sitio. Pronto el cielo empezó a oscurecerse y el viento a arreciar. En unos minutos un huracán levantaba del suelo todo lo que encontraba a su paso.

Alicia sintió un fuerte empujón y salió despedida por los aires mientras la bici seguía su camino a toda velocidad. El viento la arrastraba como a cámara lenta y veía pasar a su lado todo tipo de objetos, animales y hasta a otra chica que iba dando volteretas. Intentó agarrarse a ella pero la sujetó de un calcetín y terminó escurriéndose de sus manos.

–¡Qué mala suerte! Lo mismo sabía dónde conseguir las gafas –se lamentó Alicia que, a pesar de estar en una situación peliaguda, no podía pensar en otra cosa.

Fue entonces cuando vio a *Aquello*. Estaba en el suelo intentando volar una cometa. Cuando lo consiguió, la ató a un poste y se subió a ella como si fuera un ala delta. Alicia se dio cuenta de que venía a rescatarla y una lágrima rodó por su mejilla. Empezaba a sentir cariño por *Aquello*.

Cuando estuvo a su altura intentó alcanzarla pero no podía. Alicia rebuscó como pudo en su mochila y sacó una cuerda. La lanzó con todas sus fuerzas, pero un nuevo golpe de aire la empujó con gran violencia. Lo último que oyó mientras atravesaba el espejo fue una voz chillona que gritaba: “Si vuelves, te estaré esperando”. Alicia sonrió. Claro que volvería.